

SERMÓN

SOBRE LA FESTIVIDAD DEL ROSARIO

DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

PREDICADO EN LA

IGLESIA DE «REGINA» DE LA CIUDAD DE SEVILLA

AL REAL CUERPO DE CABALLEROS MAESTRANTES

EL DOMINGO PRIMERO DE OCTUBRE DE 1877



*Infinitus thesaurus est hominibus; quo
qui usi sunt, participes facti sunt ami-
citiæ Dei.*

Es un tesoro infinito para los hom-
bres, del cual, los que han usado, han
sido hechos participes de la amistad de
Dios.

SAB., VII, 14.

EXCMO. SEÑOR:

LEVANTAR frecuentemente el espíritu hacia las regiones de lo infinito; sumergir, por decirlo así, la inteligencia en el fondo de la eternidad, y buscar allí la luz del pensamiento, la vida del corazón, la llama de la fantasía, es esta una aspiración nobilísima del hombre; más aún: es un natural deseo, es un vehemente anhelo que le dignifica y enaltece. Pero este deseo y esta aspiración incesantes no se pueden llenar cumplidamente sino en las puras enseñanzas de la Iglesia Católica.

La falsa filosofía de nuestra época, ora lanzando al hombre á las investigaciones de la Verdad absoluta con las solas fuerzas de su propia razón; ora haciendo de todas las cosas y de todos

los seres meras formas de una Identidad universal, simples modos de una Substancia única; ora admitiendo un Dios creador del universo, pero Dios sin Providencia, que ni recibe adoraciones, ni escucha las plegarias, ni consuela el dolor, ni enjuga el llanto; esa falsa filosofía, decimos, le ha hecho forjarse de Dios y de la eternidad unas concepciones caprichosas que no son el Dios personal de los cielos ni la imponente inmortalidad de las almas.

Unicamente el Catolicismo, Señores, es el que consigna en sus dogmas la verdadera noción de lo Eterno y de lo Infinito; el que enseña al hombre, con su magisterio infalible, no sólo que su alma es inmortal, sino que existe un Ser Omnipotente que se dignó crearla con su Voluntad y su Sabiduría, que lleva cuenta de sus acciones y de sus pensamientos, que la ama y la protege porque es hechura suya; especie de parentesco divino que alienta nuestro corazón en todo ruego, y nos sostiene en toda aflicción, y nos alumbra en todo arcano, y nos dirige hacia la verdad y el bien, y nos conduce al cielo. Solamente en el Símbolo católico se nos explica la verdadera idea de un Dios que por necesaria manera es Uno en Esencia, y por manera necesaria también, es Trino en Personas; puesto que el Ser Soberano que subsiste por sí, ha de tener un Verbo en su generación Eterna, que sea término de su Entendimiento; y puesto que de ese Padre y ese Verbo, como Pro-

cedencia de su Voluntad infinita, ha de resultar un término de Amor, el Espíritu Santo. Y en esos artículos de nuestra fe, recogidos en sobrenaturales revelaciones, se nos dirá asimismo que del soplo de esa Trinidad Augusta ha surgido el universo; que el hombre, formado en medio de una naturaleza espléndida, y constituido su rey, abusó de su libertad, proviniendo de su pecado la desgracia y la muerte; que Dios, para redimir al mundo de su culpa, promete un Libertador futuro, que será su propio Verbo, revestido de la carne humana; y que, para ser la Madre de este Verbo Encarnado, destinará el Altísimo una criatura privilegiada, una Virgen sin mancilla, que inundará las nuevas generaciones con los amores inefables de su maternidad divina, y con los inagotables tesoros de su poder y su clemencia.

¡María! ¡La angelical y bienaventurada María! ¡Ah! En este Nombre, de suavidad incomparable, en esa Virgen de bendición y amor tenía yo puesta mi mente cuando os convidaba, ha poco, á penetrar en la región de lo Infinito. Porque María, Madre del Verbo Humanado, Madre, por tanto de la humanidad regenerada por el Verbo, es la clave misteriosa que descubre al hombre todo el enlace de la verdad y el bien con su principio Absoluto; es la Escala firmísima por donde se remonta el hombre desde el tiempo hasta la eternidad; es el fanal que, luciendo ya en el consejo de los eternos decretos, iluminó incesantemente los

siglos, y señalará siempre á las generaciones los escollos de la vida. Sin duda que la devoción de la Santísima Virgen es muy singularmente vida del corazón, elevación y perfeccionamiento del alma; pero no es por eso menos cierto que á su sombra y amparo logró alcanzar el hombre todos los ideales de la existencia: el ideal del saber, porque en María quiso fijar su asiento la Sabiduría Increada; el ideal del arte y de la belleza, porque no hay hermosura ni gracia comparable á la gracia y hermosura de la Virgen de Sión; el ideal del engrandecimiento de los pueblos, porque María es la Estrella y la Esperanza de las sociedades cristianas: pudiendo por esto afirmarse con razón que el amor y el culto de María resumen el Cristianismo entero; pues que, á la vez que ellos se enlazan con todos los arcanos de nuestra Religión, ejercieron una influencia poderosa en los más decisivos triunfos de la Iglesia Católica, y en los más eficaces resortes de todo bienestar sólido y de todo adelantamiento duradero y fecundo.

Y estos pensamientos, Señor Excmo., que tienen aplicación perfecta á todos los misterios y á todas las advocaciones con que el mundo redimido venera á la Virgen María, tienen adaptación muy especial é interesante al precioso título con que hoy la ensalza la Iglesia, y acuden á adorarla y bendecirla todos los corazones fieles: el título admirable del Rosario. ¿Sabéis por qué? Porque en la historia prodigiosamente extraordinaria, en el

conjunto sobrehumano de esa devoción amada, divisa al par el espíritu creyente la grandeza inescrutable de los Atributos Divinos, la dignidad y el valimiento de la Madre de Dios, Corredentora del humano linaje, la infalibilidad de las sobrenaturales promesas, las catástrofes que ocasionó el error, los fines de la Providencia, que saca el bien del mal, los triunfos de la justicia, los encantos de la virtud, la glorificación de las naciones que defienden la causa de la verdad, de la civilización y el Derecho.

Favorecido yo, Excmo. Señor, con el encargo honrosísimo de ser hoy intérprete de vuestro fervor y de vuestro entusiasmo, procuraré amplificar debidamente las últimas ideas que he indicado; y condensaré el argumento de mi Discurso en la proposición siguiente:

La devoción del Rosario de la Virgen María es un tesoro inagotable de espirituales gracias, que atraen la amistad y la protección divinas sobre los individuos y las sociedades.

Invoquemos antes, hermanos míos, las inspiraciones del Espíritu Paráclito por la intercesión de esa Reina de los ángeles, saludándola con las palabras del nuncio de los cielos:

AVE, GRATIA PLENA, ETC.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

SÓLO quien tenga el corazón enfermo, con la fiebre de las malas pasiones ó con el duro hielo de una impiedad maldita, podrá desdeñar ó desconocer las delicias de esos amores dulcísimos, de esos embelesamientos inefables que despierta en el corazón y en el espíritu la devoción ardiente de la Virgen María. Destinada para ser la Soberana del cielo y de la tierra, el pensamiento de su ser acompañó al Entendimiento Divino en la creación de todo el universo; y ya el infausto día de la prevaricación humana fué testigo igualmente de la promesa de un Libertador futuro, y de aquella Mujer salvadora, únicos faros brillantes y perennes, única confianza segura del rescate de la humanidad caída. Y á contar desde aquella hora inolvidable, hasta la aparición venturosa de la Virgen María en medio de los tiempos, dijérase que todo cuanto existe nos habla in-

cesantemente de ella: el Dios Eterno con sus revelaciones, los ángeles con sus mensajes de dicha, el espacio con sus astros, los Videntes con sus profecías, los Patriarcas con sus virtudes, la naturaleza toda con sus emblemas y con sus hermosuras.

Y cuando María ha nacido, al fin, en la tribu de Zabulón y en las elevadas alturas de Nazareth, como Estrella que ha de iluminar al mundo; cuando ha cruzado por los caminos del Evangelio, esparciendo aromas de santidad incomparable y ofrendas de caridad infinita; cuando ha sido la auxiliadora y guía de los Apóstoles de Jesús; cuando, tras un breve sueño, efímero triunfo de la muerte, el cuerpo de María es ascendido al Empíreo, glorificado como la Humanidad de Cristo, el culto de esta Virgen vendrá á ser, después de la restauración del mundo por el Mediador Divino, el más grandioso asunto, la más dichosa prenda, la más fundada esperanza de vida y de virtud para todos los siglos.

Nosotros todos hemos recorrido muchas veces esa inmortal historia; mas los espíritus religiosos sentirán gozo indecible al considerarla y repetirla. En honor de la Madre de Dios eleváronse en todo tiempo y por todos los labios la adoración y la alabanza; por todos los ámbitos del orbe le fueron ardorosamente dirigidas la oración y la plegaria. El mundo cristiano la ha visto consolar y fortalecer las almas en la persecución y el infortunio;

la vió triunfar de la herejía en las luchas de la Iglesia Católica contra sus enemigos; la vió favorecer las causas justas en los combates sostenidos para defender la verdad y para mantener un buen derecho; la ha visto iluminar á los sabios, infundir más alta perfección en los Santos, asistir con el Espíritu del Señor á las Asambleas de los legítimos Pastores, guiar los pasos benditos del misionero, ennoblecer el genio del artista, inspirar la imaginación del poeta, unir por los vínculos de la caridad, por la gracia de los Sacramentos, y en una misma mesa, la Mesa de los Convites eucarísticos, al Rey con el vasallo, al necesitado con el poderoso. Y en estos lazos de purísimo amor, en estas sobrenaturales esferas, orando á la Virgen María ante la Imagen colocada á la cabecera de nuestro lecho, ó dirigiéndole las antífonas que le ha consagrado la Iglesia, ó dedicándole nuestras acciones de gracias, se robustecía nuestra fe, y crecían la confianza y el reconocimiento; porque la Santa Madre del Verbo era siempre la Madre del amor, la gracia de la verdad, el influjo del poder, el apoyo de la clemencia, el encanto del corazón y del espíritu.

Y cuando alguna vez llegaba para una ciudad ó un reino, acaso para toda la sociedad cristiana, el instante de la tribulación ó la hora del peligro, era casi siempre la celestial María la Protectora invocada para salvar las creencias, para alentar el ánimo, para amparar á los oprimidos, para salvar

los pueblos. Y entre esos momentos críticos de la Historia, en que las almas gimen, en que los hogares padecen, en que los débiles tiemblan, y los fuertes luchan, y las conciencias se agitan, y el espíritu del mal sonríe, y el ángel del bien llora, uno de los más espantables y de los más supremos fué el que tuvo lugar en la vida de la Iglesia y en la marcha de las sociedades al declinar el siglo XII.

La voluptuosidad y los delirios de las herejías escolásticas habían traído sobre Europa vientos de vanidad y de orgullo, gérmenes de corrupción, y concupiscencias sin freno: y la palabra, increíblemente audaz, del ambicioso Arnaldo de Brescia hizo cancerarse la llaga, infiltrando en los corazones un espíritu de rebeldía, del más ponzoñoso fruto. Estos errores presuntuosos tuvieron dos manifestaciones, diversas en la forma, pero casi idénticas en su fondo. Los sectarios de Pedro Valdo hacían alarde de su mansedumbre, é intentaban glorificar una falsa pobreza; pero una y otra virtud eran la máscara que ocultaba la envidia, y el velo de todas las liviandades; porque ellos menospreciaban los Sacramentos, alteraban toda paz y conculcaban por todas partes las reglas de la moral cristiana. Los sectarios de Pedro de Bruis, más devorados aún por la ambición y el odio, convirtiéronse bien pronto en legión numerosa y terrible, que vertía á torrentes la sangre, que propagaba el incendio y sembraba el exterminio, que vivía del despojo y excitaba al furor y

á la venganza; de igual modo que lo verificarían después, en Hungría y en Alemania, el Hussita del siglo XV y el Anabaptista del siglo XVI, y como sueña en realizarlo el Comunista moderno. Yo no vengo á decidir, Señor Excmo., si se excedieron ó no en sus represalias y sus rigores aquellos Cruzados de la Francia Cristianísima que combatieron contra los Albigenses por la causa de la Iglesia y por el Derecho Público cristiano; pero sé que la Iglesia Católica, que permite las guerras para defender los intereses legítimos, tiene siempre para toda crueldad sus anatemas, y jamás cesó de reclamar para el vencido dulzura y misericordia. Vengo únicamente á mostraros los remedios que inspiró el cielo para sanar aquellos males profundos; y en vez de hablaros de Simón de Monfort, os delinearé la prodigiosa figura de Domingo de Guzmán, ornamento de nuestra patria; en lugar de describiros las victorias logradas por la suerte de las armas y la intrepidez de los guerreros, me ceñiré á referiros y ponderaros los singulares favores de la Virgen María, otorgados á la Cristiandad entera con la devoción de su Rosario: práctica piadosa y santa que contribuyó por eficaz manera á devolver y á consolidar la paz en los individuos y los pueblos.

Nació Domingo en aquellos fértiles declives santificados con el martirio de Celedonio y Emeterio, doblemente famosos por sus contiendas rudas contra el Cartaginés y el Romano, y por sus

triumfos inmarcesibles contra las huestes agaremas. Diríase, Excmo. Señor, que en el espíritu de aquel ser privilegiado el Querubín quiso derramar su ciencia, y que el Serafín encendió la llama de sus celestiales amores. La imaginación cristiana ve que saludan de lejos su natalicio las colinas de Navarra y las cumbres del Moncayo, comarcas que juntan sus confines junto á la cuna del prodigioso niño; mira incorporarse sobre sus tumbas, para venerarle y bendecirle, aquellos Reyes tan piadosos como esforzados que se llamaban los Garcías y los Alfonsos; cree percibir los vagos rumores del cercano Ebro, que le convida á seguir el curso de sus ondas, como para consagrar más ardientemente su vida á ensalzar las prerrogativas y excelencias de aquella amorosa Virgen que fecundizó con su planta las márgenes del caudaloso río. En las célebres aulas Palentinas se había formado el sabio; al borde del sepulcro de su santa madre surgió la vocación del Sacerdote; al conocer las convulsiones de la nación vecina, revelóse instantáneamente el apóstol, y él corrió á evangelizar la paz y la concordia. Todas las almas elegidas experimentaron siempre honda amargura en las tribulaciones de la Iglesia, en las adversidades de los pueblos, en las iniquidades de los hombres: pero Domingo de Guzmán, copiosamente enriquecido con el dón precioso de las lágrimas, recorría desolado, como Pedro el Ermitaño, como Francisco de Asís, los campos y las